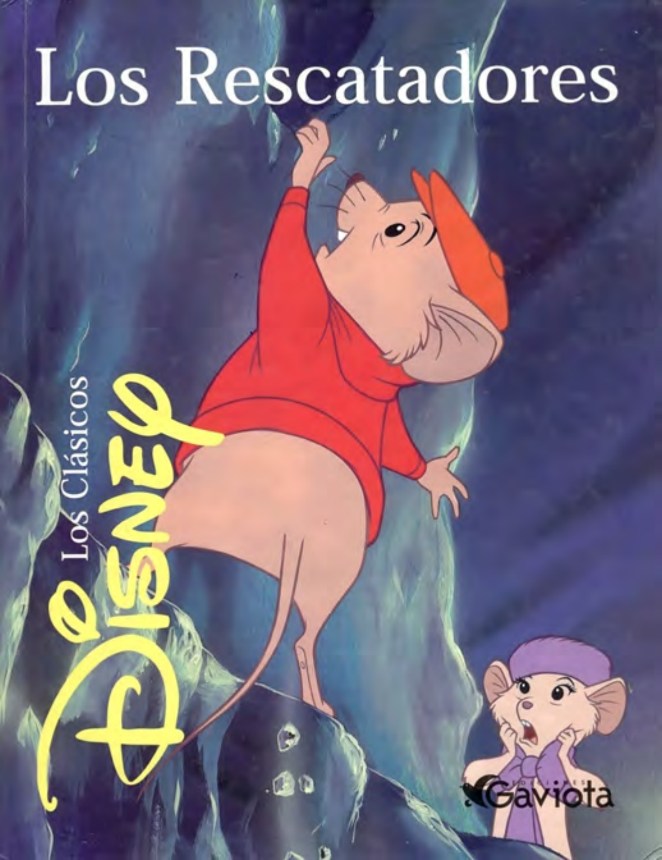
Los Rescatadores



Los Clásicos Disney

Gaviota

Disney

Los Rescatadores

Ediciones Gaviota

Era una noche de tormenta en un pantano cubierto de niebla cerca del Golfo de México. Una niña metió un mensaje en una botella y la lanzó al agua con la esperanza de que alguien la encontrara y fuera a salvarla.

—Por favor, que alguien venga a rescatarme —rezó con todo su corazón.

Después de flotar por el océano durante mucho tiempo, la botella llegó un día al puerto de Nueva York y fue arrastrada hasta la orilla, donde la encontraron unos ratoncitos de la Sociedad de Salvamento y Rescate.

—¡Tenemos que avisar inmediatamente a los miembros de la Sociedad! —exclamaron los ratones—. Y echaron a correr con la botella.

Los miembros de la Sociedad de Salvamento y Rescate de todo el mundo habían sido convocados a una reunión de emergencia.

—Mis queridos socios de la Sociedad de Rescate —comenzó el presidente cuando llegaron los delegados—. Hoy nos hemos reunido aquí para tratar un asunto urgente. Al parecer, una niña necesita nuestra ayuda… ¡Y no la podemos fallar!

Los delegados escucharon con atención mientras el presidente señalaba la botella con el mensaje dentro.

Todos los delegados cantaron con entusiasmo el himno de la Sociedad, aunque a alguno le distrajo la llegada con retraso de la delegada húngara, una encantadora damita ratona llamada Bianca, que dejó una estela de perfume al entrar en el salón y dirigirse a su sitio.
Bernardo, el conserje de la Sociedad, seguía la reunión desde el pasillo. Admiraba a todos los distinguidos delegados… ¡pero sobre todo a Bianca!

—Bernardo, ¿puedes venir a echarnos una mano? —preguntó el presidente.
—Sí, señor, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó Bernardo soltando la escoba y entrando rápidamente.
—Tenemos que sacar el mensaje de esta botella —contestó el presidente—. Seguro que tú puedes hacerlo.
Bernardo trepó a lo alto de la botella y tiró del corcho con todas sus fuerzas. Cuando por fin consiguió sacarlo, se metió en la botella para sacar el papel.

—Para el Orfanato de Morningside, Nueva York… —leyó el presidente ayudándose de su monóculo. De repente se detuvo—. No entiendo el resto.

Bianca, que tenía mejor vista, continuó:

—Estoy… en un… apuro… terrible —comenzó dudosa—. ¡Es muy urgente…! ¡Socorro…! Penny.

Con tan escasa información, el presidente no era muy optimista respecto a la ayuda que podían prestarle.

—Por favor, señor presidente, ¿puedo encargarme yo de esta misión? —pidió Bianca.

El presidente se resistía a encomendar la misión sólo a Bianca.
—¿Quién se ofrece voluntario para acompañar a la señorita Bianca? —preguntó.
Todos los delegados levantaron la mano, deseando ser elegidos.
—¡Oh, qué decisión tan difícil! —exclamó Bianca—. Bueno, pues elijo a Bernardo para que sea mi ayudante.
Bernardo no podía creer que le hubiera elegido a él.
—¡Pero si sólo soy el conserje! —murmuró.
—¡Vamos! —dijo Bianca—. ¡Formaremos un gran equipo!
Como todos los delegados vitorearon a Bernardo, aceptó.

Estaba muy oscuro y llovía cuando Bernardo y Bianca bajaron del autobús en el que habían atravesado la ciudad.
—Ahora, veamos… Orfanato de Morningside… —dijo Bernardo tratando de localizar el orfanato en el mapa—. Aquí está… tres manzanas más abajo y cuatro más allá.
—¿Por qué no atajamos por el zoo? —sugirió Bianca—.
A Bernardo le parecía demasiado arriesgado, pero Bianca le recordó el himno de la Sociedad: «A pesar de la tormenta, la lluvia y la oscuridad de la noche… —empezó.
—…nunca dejaremos de cumplir nuestro deber» —continuó Bernardo—. De acuerdo. Vamos allá. El deber nos llama.

Después de despertar al león, que rugió y les dio un buen susto, Bernardo y Bianca volvieron corriendo a la calle y decidieron seguir por el camino más largo que rodeaba el zoo para llegar al orfanato. Seguía lloviendo cuando llegaron a su destino, treparon por la escalera y entraron por una ventana abierta.

—Vamos a echar un vistazo a ver qué encontramos —dijo Bernardo.

Bernardo y Bianca no tardaron en encontrar una caja con el nombre de Penny escrito en la tapa. Cuando estaban examinándola, apareció de repente un gato viejo que llevaba gafas para leer.

—¡Un gato! —gritaron.

—¡Ratones! —gritó el gato, demasido viejo para perseguirles—. ¡Hola! Me llamo Rufus.

—Estamos buscando a una niña que se llama Penny —dijo Bernardo cuando se tranquilizaron.

—No la encontraréis aquí —respondió Rufus.

—La última vez que vi a Penny —continuó Rufus— estaba sola en su cama mirando por la ventana. Puedo decir que estaba terriblemente triste.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunté.

—¡Oh, nada! —dijo al principio, pero la convencí de que no era bueno tener secretos y entonces me contó lo que había ocurrido. Una pareja había venido al orfanato para llevársela a su casa y después habían elegido a otra niña.

—Tenía el corazón destrozado —dijo Rufus a Bernardo y Bianca—, pero la consolé lo mejor que pude. Eres una chica muy especial —le dije, y era verdad—. Y, un día alguien será muy feliz de tenerte en su casa.

—¿De verdad? —dijo Penny.

—De verdad —dije yo—. Pero tienes que creerlo y mantener la fe.

—Me pareció que se quedaba bastante contenta —continuó Rufus—. Pero lo siguiente que supe de ella es que se había ido.

—Debió ocurrir algo más para que Penny escapara —dijo Bernardo.
Rufus recordó ver que Madame Medusa, la mujer que tenía una casa de empeño, la invitó a dar un paseo.
—Tenemos que ir allí y encontrar alguna pista —dijo Bernardo.
Corrieron a la casa de empeño, y entre los papeles encontraron unos libros de Penny.

De repente sonó el teléfono. Bernardo y Bianca corrieron a esconderse detrás de unos libros que había sobre la mesa mientras una mujer de mal aspecto irrumpía en la oficina y cogía el teléfono.

—Ah, Snoops, eres tú —vociferó Madame Medusa—. ¡¿Qué?! ¡¿Que pillaste a la niña enviando un mensaje en una botella?! ¡Eres un chapucero! ¡Necesitamos a esa niña para que nos ayude a encontrar el diamante Ojo del Diablo! ¡Voy volando al Pantano del Diablo!

Y dicho esto, Madame Medusa colgó bruscamente el teléfono y salió de la oficina.

Madame Medusa, furiosa, empezó a meter montones de ropa en una maleta.
—¡Tenemos que ir con ella y encontrar a Penny! —exclamó la señorita Bianca.
—¡Vamos! —gritó Bernardo, saltando de la mesa a la maleta. Pero antes de que Bianca pudiera meterse en su interior, Madame Medusa la cerró… o casi, pues quedaba ropa colgando. Bianca se agarró a una cinta y Madame Medusa la llevó por los aires mientras iba a buscar el coche.

Madame Medusa condujo como una loca por las calles
de Nueva York y estuvo a punto de provocar varios accidentes.
—¡Apártate de mi camino, asesino del volante! —gritaba
a los demás conductores.
De repente, hizo un brusco giro y la maleta salió disparada
del coche, así como Bernardo y Bianca.
Medusa y el coche desaparecieron en medio de una nube
de humo.

En el aeropuerto, Bernardo no parecía muy convencido:
—¡Mire, señorita Bianca! —dijo—. ¡El vuelo al Pantano del Diablo de las Líneas Albatros es el número 13! Será mejor que cojamos el tren.
—Vamos, señor Bernardo —dijo Bianca señalando al piloto—. ¡Mire qué bien vuela! ¿No tendrá miedo, verdad?
—¿Yo? ¿Miedo? ¡Ni hablar! —dijo Bernardo muy orgulloso.

Corrieron hacia la pista de despegue, que estaba en la terraza, justo cuando el piloto de las Líneas Aéreas Albatros se estrellaba al aterrizar.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Bernardo mientras el gran pájaro piloto se ponía de pie y se sacudía las plumas.

—Claro que sí —contestó—. Éste ha sido uno de mis mejores aterrizajes.

—¡Vamos, señorita Bianca! —susurró Bernardo—. Creo que el tren será mucho más seguro.

—Me llamo Orville y soy muy puntual. ¡El vuelo para el Pantano del Diablo sale dentro de 5 minutos!
—¡Oh, no! —exclamó Bernardo—. ¡En la escalerilla hay 13 escalones!
—¿Por qué no te saltas el último? —le sugirió Bianca.
Los Rescatadores subieron a bordo.

Se ataron los cinturones de seguridad y Orville corrió por la pista para despegar.
—¡Dejadme a mí! —gritó—. Pero cuando llegó al borde del edificio, cayeron en picado, acercándose a toda velocidad a la calle.
—¡Me encantan los despegues! —exclamó Bianca entusiasmada. Bernardo empezaba a ponerse nervioso, pero afortunadamente Orville logró subir a tiempo y sobrevolaron Manhattan, y luego el puerto y la estatua de la Libertad en su viaje hacia el sur.

Mientras, en el Pantano del Diablo, la pequeña Penny hacía desesperados esfuerzos por escapar de Medusa y su cómplice Snoops. Salió sin hacer ruido del siniestro barco hundido en el río y corrió por el tenebroso pantano bajo la pálida luz de la luna.

De pronto, las luces del barco se encendieron.

—¡¿Penny?! ¡¿Penny, dónde estás?! —se oyó la chillona voz de Medusa retumbando en el pantano.

—¡Snoops, baja aquí ahora mismo! —ordenó Medusa saliendo a la cubierta del barco con sus dos cocodrilos atados con una correa.

Snoops corrió hacia ella obediente:

—¿Qué ha pasado, Medusa? ¿Qué ocurre? —preguntó inquieto.

—Esa pequeña mocosa se ha escapado otra vez —gruñó—. ¡Nerón, Brutus! ¡Id a buscarla y traedla aquí!

Mientras los cocodrilos se deslizaban al agua para cumplir sus órdenes, Medusa saltó a su hidrofoil e intentó ponerlo en marcha.

—¡Snoops! ¿Qué le pasa a este cacharro? —rugió.

—Yo… esto… no lo sé —balbuceó humildemente Snoops—. Ayer funcionaba.

—¡Oh, cállate! ¡Lanza las bengalas! —gritó—. ¡Ilumina el pantano para que pueda encontrar a esa niña!

En cuanto Medusa salió en su hidrofoil produciendo una explosión y dejando tras ella una nube de humo negro, Snoops bajó corriendo y encendió las bengalas que estaban guardadas en la caldera. Disparadas a través de la chimenea, las bengalas subían al cielo y estallaban en el aire como fuegos artificiales, iluminando el pantano.

En ese mismo momento, Orville volaba por el cielo, anunciando su inminente llegada al Pantano del Diablo. Pero, ante su sorpresa, las bengalas empezaron a explotar a su alrededor. De pronto, una de ellas dio a Orville en la cola y prendió fuego a sus plumas.

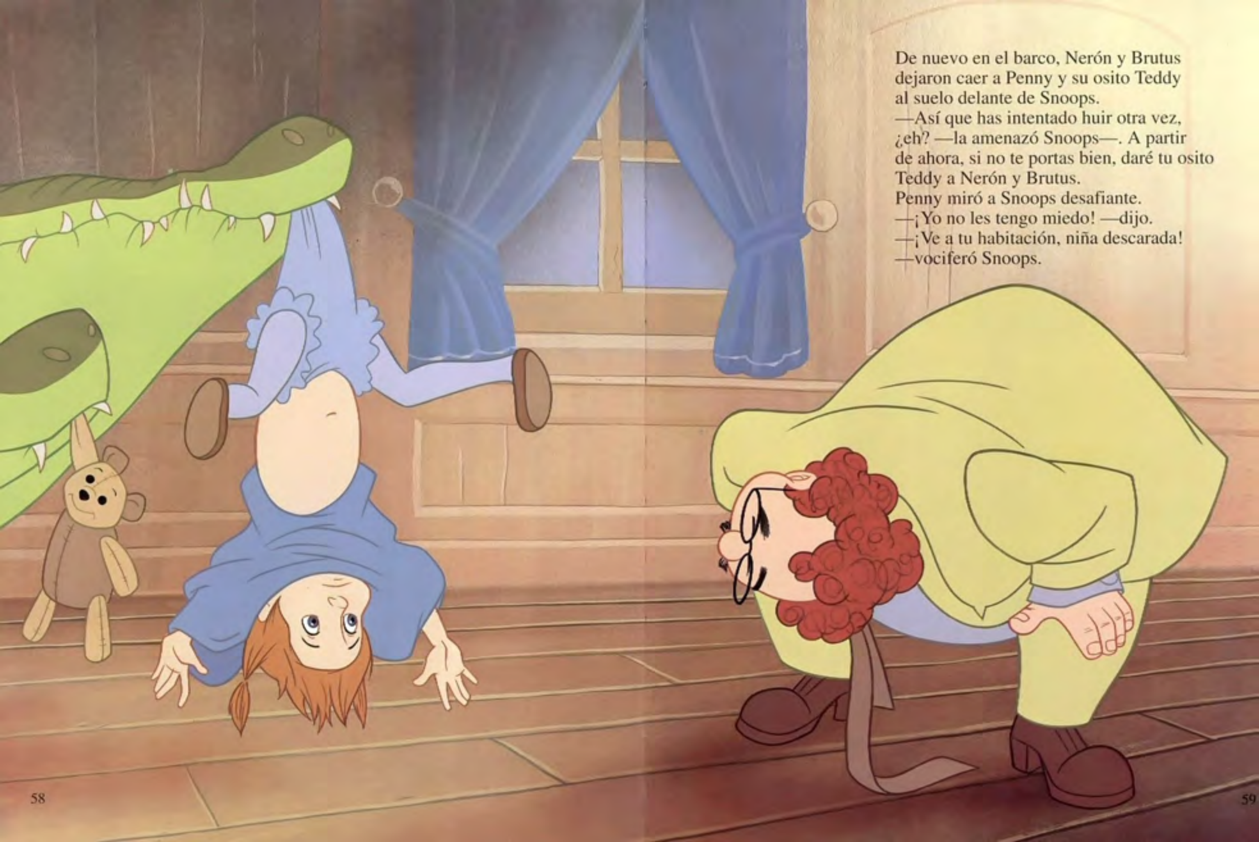
—¡Cielos! ¡Mi timón está ardiendo! —gritó—. ¡Saltad!

Bernardo y Bianca salieron despedidos del lomo de Orville y cayeron al vacío. Afortunadamente, tenían el paraguas de Bernardo y lo utilizaron como paracaídas.

Abajo, los amigos de Orville salieron a ver qué sucedía.
—¿Qué diablos está pasando? —gritó Ellie Mae—.
Lucas, ¡ven aquí! ¡Es Orville, está en apuros!
Orville aterrizó..., mientras Bernardo y Bianca caían al agua.
—¡Pobrecitos! —exclamó Ellie Mae sacándoles del pantano.

En otro extremo del pantano, Medusa cruzaba el agua en su hidrofoil buscando a Penny. Movía el faro de un lado a otro a través de los juncos donde sabía que Penny podía esconderse. Pero la pequeña consiguió que no la viera y avanzó por el agua para escapar.

Pero poco después, Nerón
y Brutus la atraparon y nadaron por el pantano
con la niña y su osito colgando de sus poderosas mandíbulas.
Cerca de allí, Bernardo y Bianca la buscaban por el pantano.
Una libélula llamada Evinrude hizo una lancha para ellos
con una hoja y la empujó con las alas.
—¡Bernardo, mira, es Penny! ¡Tenemos que descubrir adónde
la llevan! —exclamó Bianca—. ¡Más rápido, Evinrude!



De nuevo en el barco, Nerón y Brutus dejaron caer a Penny y su osito Teddy al suelo delante de Snoops.

—Así que has intentado huir otra vez, ¿eh? —la amenazó Snoops—. A partir de ahora, si no te portas bien, daré tu osito Teddy a Nerón y Brutus.

Penny miró a Snoops desafiante.

—¡Yo no les tengo miedo! —dijo.

—¡Ve a tu habitación, niña descarada! —vociferó Snoops.

Espiando por una ventana, Bernardo y Bianca vieron a Snoops y Medusa en el barco hablando a los cocodrilos.

—¡Gracias por traer de nuevo a esa mocosa, preciosos! —decía Medusa cariñosamente a Nerón y Brutus. Es la única lo bastante pequeña como para coger el Ojo del Diablo, ¡el enorme diamante que está en el fondo de la cueva!

—¡Tenemos que sacar a Penny de aquí esta misma noche, señorita Bianca! —gritó Bernardo.

Pero Nerón y Brutus olieron el perfume de Bianca y se lanzaron en su persecución. Con las mandíbulas abriéndose y cerrándose y los dientes brillando, persiguieron a Bernardo por la habitación.

—¡Dejadle en paz, malvados! —gritó Bianca, entrando a todo correr para salvar a Bernardo.

Bernardo y Bianca encontraron un escondite dentro de los tubos del órgano. Pero Nerón y Brutus les descubrieron en seguida y empezaron a tocar el órgano para hacerles salir.

—Tuut, tuut, tuut —sonaba el órgano cada vez que Nerón tocaba una nota y lanzaba a los pequeños Rescatadores fuera de los tubos donde Brutus intentaba atraparles. Pero de momento tuvieron suerte mientras huían de un tubo a otro.

—¡Brutus, Nerón! ¡Dejad de hacer ese ruido infernal! —gritó Medusa entrando en la habitación.
—¡Aaah! ¡Un ratón! —gritó al ver a los Rescatadores—.
¡Le daban pánico los ratones! Empezó a disparar en todas direcciones mientras Bernardo y Bianca corrían de un lado a otro esquivando los disparos.
Poco después, Medusa había gastado todos los cartuchos y los Rescatadores saltaron al pantano para escapar.

Aquella noche, cuando Penny estaba a punto de acostarse, oyó que Medusa la llamaba y fue a ver qué quería.

—¿Sabes qué pondría muy contenta a la tía Medusa, querida? —le dijo Medusa con voz melosa mirándose al espejo para quitarse el maquillaje.

—Sí. Quieres que vaya a coger el diamante —contestó Penny—. Si lo encuentro, ¿volverás a llevarme al orfanato para que puedan adoptarme?

—Pero, Penny —se burló Medusa cruelmente—. ¿Crees de verdad que alguien querrá adoptar a una niña tan feúcha como tú?

Penny subió lentamente las escaleras para ir a su habitación. Mientras rezaba sus oraciones, intentaba ser valiente y olvidar las malintencionadas palabras de Medusa, pero no era fácil.
De repente, Bernardo y Bianca, que habían estado mirándola desde la ventana, se deslizaron a la almohada y la llamaron suavemente.

—¿Penny? —dijo Bianca dulcemente—. No llores, Penny. Hemos venido a ayudarte.
—Gracias —dijo Penny, secándose las lágrimas—. Pero sois muy pequeños. ¿No ha venido nadie más grande con vosotros?

En ese momento oyeron a Medusa llamar a Snoops. Penny comprendió que preparaban algo malo, así que subió rápidamente las escaleras para estar preparada mientras Bernardo iba a pedir ayuda a sus amigos del pantano.
—¡Evinrude! —llamó Bernardo con insistencia.
Inmediatamente, la leal libélula apareció zumbando.
—¡Necesitamos ayuda! ¡Ve a avisar a Ellie Mae! ¡Deprisa!
Y Evinrude fue a buscar a los demás amigos.

Mientras volaba en la noche sobre el pantano, Evinrude pasó junto a un árbol lleno de murciélagos y no los vio. Pero ellos sí le vieron y salieron volando a toda velocidad detrás de él. Evinrude empezó a volar en zigzag para esquivarlos, mientras ellos le perseguían chillando y aleteando.

Mientras, Snoops y Medusa habían llevado a Penny a la cueva para que cogiera el diamante.
—Teddy no quiere bajar ahí —dijo Penny mirando el oscuro agujero—. Le da miedo, ¿verdad, Teddy?
—¡Pobre Teddy! —dijo Medusa arrebatándole el osito y empujando a Penny hacia el agujero—. ¡Tú baja ahí ahora mismo y encuentra ese diamante o no volverás a ver a tu Teddy!

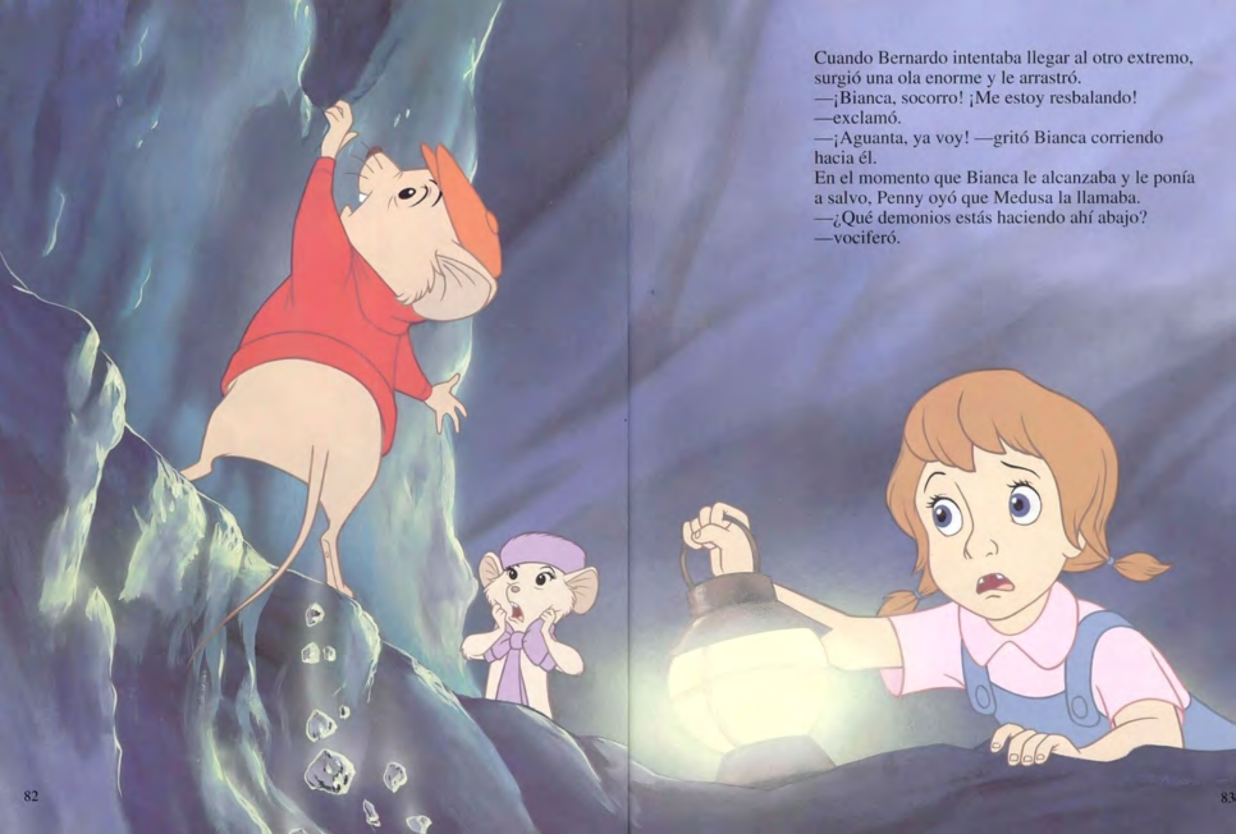
—¡No te preocupes, Teddy, volveré! —dijo Penny metiéndose en el cubo y bajando a la cueva con Bernardo y Bianca en el bolsillo.
—¡Qué lugar tan horrible! —exclamó Bianca cuando llegaron al fondo y miraron a su alrededor.

—Sí, antes era una cueva de piratas —dijo Penny señalando un viejo esqueleto que yacía en un rincón. De pronto, oyeron ruido de agua cayendo que venía de un agujero que había en el suelo de la cueva.

—¡Apuesto a que es ahí donde los piratas escondieron el Ojo del Diablo! —dijo Bernardo.

Penny levantó la linterna para que pudieran ver mejor.

—¡Mira! —exclamó Bianca, señalando el otro extremo—. ¡Ahí hay algo! Vamos a ver qué es.



Cuando Bernardo intentaba llegar al otro extremo, surgió una ola enorme y le arrastró.

—¡Bianca, socorro! ¡Me estoy resbalando! —exclamó.

—¡Aguanta, ya voy! —gritó Bianca corriendo hacia él.

En el momento que Bianca le alcanzaba y le ponía a salvo, Penny oyó que Medusa la llamaba.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí abajo? —vociferó.

Cuando Penny alumbró la cueva con la linterna, una luz brillante resplandeció brevemente en el interior de una vieja calavera y les deslumbró.

—¡Uau! Penny, vuelve a iluminar aquí —dijo Bernardo mirando el interior de la calavera mientras ella alumbraba—. ¡Cielo santo! ¡Aquí está! —gritó.

—¡El Ojo del Diablo! —exclamó Bianca, mirando el interior.

Penny corrió hacia la salida y gritó a Medusa muy emocionada:

—Madame Medusa, ¡lo encontré!

Al subir la marea, en la cueva empezaron a entrar olas cada vez más grandes mientras Bernardo y Bianca intentaban sacar el Ojo del Diablo por el ojo de la calavera.
De pronto, una ola enorme arrastró a Penny, Bernardo y Bianca. Lucharon por mantenerse a flote mientras Penny trataba de arrancar el diamante, pero era inútil.
—¡Subidme, por favor! —suplicó Penny.Pero la avariciosa Medusa se negó.
—¡No! ¡Hasta que tengas el diamante, no! —gritó.

Cuando Penny consiguió el diamante, Snoops y Medusa la subieron.
—Por fin, el Ojo del Diablo… ¡Quien lo posea, tendrá grandes poderes! ¡Y es todo mío! —exclamó Medusa cuando tuvo la piedra en sus manos.
—¡La mitad es mío, traidora! —protestó Snoops.
Pero Medusa no estaba dispuesta a compartir su precioso diamante con nadie. Lo quería para ella sola.
La pobre Penny seguía colgando arriba y abajo de la cuerda mientras ellos discutían. Por fin, Nerón y Brutus la sacaron con sus fuertes mandíbulas.

Mientras, Evinrude, después de escapar por los pelos de los hambrientos murciélagos, consiguió llegar a la caseta de Lucas y Ellie Mae y entró por la chimenea. Cuando apareció Evinrude, los habitantes del pantano le rodearon.

—¡Parece totalmente agotado! —dijo Ellie Mae—. ¡Esperad que recobre el aliento!

—¡Vamos! —dijo el viejo abuelo Tortuga—. ¡Ha llegado el momento de dar una lección o dos a Medusa!

Al volver al barco, Medusa acorraló a Snoops y a Penny.

—¡Si alguno de los dos intenta seguirme, dispararé! —rugió Medusa apuntándoles con el arma y cogiendo el osito Teddy de Penny.

De pronto, Medusa tropezó con una cuerda que Bernardo y Bianca habían atravesado en la puerta y se desplomó de espaldas. Se le cayó el arma y el osito de peluche salió volando por el aire.

—¡Mi diamante! —gritó Medusa cuando Snoops corrió a coger el Ojo del Diablo que había cosido dentro del osito. Pero Penny llegó antes y recuperó a Teddy y la piedra. Snoops y Medusa se tiraban de los pelos y se ponían la zancadilla mientras perseguían a Penny y el diamante.

En ese momento
los habitantes del pantano
hicieron su aparición
para dar a Medusa
una merecida paliza.
Medusa gritaba mientras
el búho le tiraba del pelo
y el topo le golpeaba
la cabeza con un garrote.
Por su parte, Ellie Mae
pegaba a la horrible mujer
con un rodillo de amasar.
Pero poco después, Medusa
estaba de nuevo de pie
disparando su vieja arma
contra los animalitos
del pantano, que escaparon
corriendo por la cubierta
del barco.

De repente aparecieron Nerón
y Brutus y los habitantes
del pantano salieron corriendo
aterrorizados en dirección contraria.
Pero Bernardo y Bianca tenían
un plan. Con los silbidos de Bernardo
y el perfume de Bianca atrajeron
a las mascotas de Medusa hacia
el ascensor. En él, colgando de un anzuelo,
les esperaban nuestros amigos.
—¡Ahora! —gritó Bernardo.
Los animales del pantano les subieron y
les pusieron a salvo.
Brutus y Nerón estaban atrapados
en el ascensor siseando y gruñendo.

En ese momento, Penny trataba de escapar en el hidrofoil. Pero no conseguía ponerlo en marcha y la horrible Medusa disparaba contra ella desde el barco.

—¡Arranca, por favor! —rogaba Penny, pero el motor se resistía a funcionar.

—¡Bang, bang! ¡Toma esto, mocosa! —gritó Medusa, destrozando el parabrisas del hidrofoil de un disparo.

Mientras, en el interior del barco, uno de los habitantes del pantano había encontrado el escondite secreto de los fuegos artificiales de Snoops y se puso a encenderlos. Pronto se dispararon en todas direcciones y golpearon a Snoops y Medusa en la cara.

—¡Tú y tus cohetes infernales! —gritó Medusa a Snoops mientras los cohetes explotaban por todas partes.

Los fuegos artificiales siguieron explotando en el cielo alrededor del barco, mientras Penny escapaba en el hidrofoil remolcando a la furiosa Medusa.
De repente, se produjo una enorme explosión en el barco. Nerón y Brutus salieron disparados con la nube de humo y aterrizaron en el pantano produciendo un inmenso chapoteo.

La testaruda Medusa se negaba a soltar la cuerda y se encaramó a lomos de sus cómplices, los cocodrilos, para deslizarse sobre la superficie del agua como una chiflada esquiadora acuática.
—¡Cuidado! —gritó de repente Bianca a Penny, que dirigía el hidrofoil derecho hacia el barco.
Penny dio un brusco giro a la derecha y la cuerda se rompió. Medusa salió disparada a la chimenea del barco semihundido.

—¡Ja, ja, ja! —rió Snoops, en calzoncillos, remando en una balsa.
—¡Mi diamante! —sollozaba Medusa agarrada a la chimenea mientras Nerón y Brutus saltaban hambrientos hacia ella. Según se alejaban en el hidrofoil, Bernardo, Bianca, Penny y sus amigos del pantano daban saltos de alegría.

Gracias a Bernardo y a Bianca, el diamante
fue entregado al Instituto Smithsonian…
y la pequeña Penny salió del orfanato
para vivir con sus nuevos padres.
—¡Oh, Bernardo, estoy tan contenta
por Penny! —dijo Bianca viendo a su amiga
en las noticias de la televisión.
—Yo también —dijo Bernardo—,
sobre todo porque ella nos unió.
Justo en ese momento apareció Evinrude
volando con un nuevo mensaje. Era alguien
que estaba en apuros y necesitaba su ayuda.
—¡Tenemos que ir, Bernardo! —dijo
Bianca emocionada—. ¿Te das cuenta…?
¡Será una nueva aventura!

Y de nuevo con Orville,
en medio de una tormenta de nieve,
emprendieron el vuelo
por los cielos de Nueva York
rumbo a una nueva operación
de rescate.

© Disney
CSRVRESI 97-12
1998 EDICIONES GAVIOTA, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-0012-9
Depósito Legal: LE. 613-1998

Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.

Los Clásicos Disney

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney,** ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada
Mulán • Hércules • Pocahontas
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el Encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia

EDICIONES Gaviota

ISBN 84-392-0012-9
9 788439 200123